



CAPITULO IX

Puebla en armas

QUÁNTO se engañaría quien creyera que Sedeño empleaba su habilidad y gastaba su tiempo sólo en doblar casullas y en clasificar cíngulos y amitos! Cualquiera que le viera afanoso, reflexivo, lleno del celo de la casa de Dios, determinando á la alta y baja servidumbre de la basílica, si convenía para tal fecha vestidura morada ó negra, blanca ó azul, le habría creído un sacristanejo cuidadoso y bullebulle; pero no se habría figurado, ni por asomo, que tras aquella mala capa se ocultaba un gran bebedor de ideal prestigioso y febril, un novelista que si se lo hubiera propuesto, habría escrito un nuevo *Montecristo*, ó unos *Mosqueteros* cortados á la moda, que habrían dejado muy atrás á los que nos legó Dumas I.

Porque eso era Sedeño al imaginar: un novelista á quien bastaba un jirón de realidad, un cabito como la

uña del meñique de cosa cierta, para tejer sobre ellos una novela en que con dificultad se distinguía el *plasma* primitivo. El *como si lo viera*, el *es claro*, el *tiene que ser*, el *á mí el olfato no me engaña*, eran sus muletillas constantes, y poniendo sobre la brizna del hecho diario y vulgar la piedrezuela de la suposición, acumulando sobre ésta todas las inducciones y deducciones posibles y sobre las inducciones y deducciones todos los cálculos, probabilidades, teorías y opiniones que encontraba á la mano, alzaba un castillo aéreo delicado y fino, aunque ¡ay! frágil y deleznable que coloreaba, teñía y exornaba con el calor de su imaginación rica y exuberante.

Veces había que se quedaba suspenso, con la cuchara en la mano y el plato delante, sin habla ni movimiento, columbrando las maravillosas visiones que en su interior reían, triscaban, se enredaban y se hacían daño, como si la mente del vejezuelo fuera un inmenso teatro en que salieran ora personajes de drama, ceñudos y furibundos; ora protagonistas de tragedia con el puñal y el tósigo dispuestos á repartirlos á discreción; ya regocijados y graciosos, de comedia de capa y espada, ó ya tipos de sainete con buena sombra y mejor labia.

Veces había que, ejecutando tareas tan prosaicas como la de colocar cuñas para igualar el peso de los cirios, ó sacudiendo blandones ó conduciendo un antifonario, viera un rostro moreno, unas barbas negras que pertene-

cían al cuerpo de un sujeto que visitaba la Catedral con el paso tardío y cansado que adoptan los turistas... Le miraba observando la capilla de los Plateros, pasaba de largo junto á él, y cuando entraba á la sacristía con aquel su trotecillo en que andaba dos veces el camino, una yendo y volviendo la otra, le hería como tiro una idea: «¿Y si éste fuera un bribón denunciante que quisiera averiguar qué cosas tenemos aquí para pasarle el soplo al don *Beno?*...» Y lo que suponía lo daba por hecho, y veía al juez incautarse de las riquezas de la Catedral y formar listas y hacer avalúos y mandar cerrar puertas... Los fieles, que acudían á la misa de colecturía, se quedaban suspensos al oír hablar en voz alta bajo las naves; le preguntaban qué era aquello, y él refería que un falso devoto á quien debía haber echado de la iglesia por mano del caniculario, había hecho una denuncia para apoderarse de las alhajas de la iglesia... En ese instante pasaba conduciendo unas vinajeras para la misa, y veía al moreno barbudo contemplando la virgen de Alcívar... «Señor, le decía temblando la barbilla, echando fuego por el ojo que podía alzar y el índice levantado, señor, no me figuré que abusara usted de mi condescendencia en permitirle que examinara la iglesia... Denunciar las propiedades sagradas, poner mano en el santuario de Dios, ayudar en su obra nefanda á los impíos, ¡qué hazaña tan hermosa! Acuérdesse usted de Core, Datán y Abirón...»

El pobre visitante miraba al casullero con compasión, figurándosele un loco pacífico, y seguía su camino...

Los asuntos de la vecindad le entusiasmaban como si



fuera cosa propia. «Nadie me quita de la cabeza, exclamaba á veces, que ese Antonio Romo, que acabamos de recibir por vecino, es un mal sujeto; con esa barbilla y esos ojos picarescos y ese hablar meloso, no me la da á

mí que sé mucho de hombres... ¡quién sabe! pero el día menos pensado nos hace una atrocidad.» O bien «Rude-sindo (figurándose que tenía al frente al borrachín hijo de la Antonia), vas á matar á tu madre; ese beber eterno ha de acabar con tu salud y con tu vida.»

Las muchachas reían ó se daban de codo, y el vejete se ponía á beber á grandes sorbos el caldo con vitualla.

Pero no era sólo un imaginativo; también amaba el documento, la investigación clara y exacta, la nota real y precisa, que le servían para aderezar sus potajes. De Sedeño, mejor que del mismo Otelo, podía decirse que se mantenía con el jugo que él mismo secretaba. Averiguaba, inquiría, se enteraba, tomaba informes, y los retazos de verdad que solía asir, le daban pie para las enormes piezas de ficción que tejía.

«Hija, decía en llegando; ¿y qué dice la señora del amigo Olivos? Yo sigo en las mías; que es una gran dama que se prendó del oficialito y se vino con él á dar la vuelta á la Angélica, después que su familia accedió al matrimonio por evitar el escándalo... No sé; pero á mí me parece verle rasgos de los Corteses, de los Arellanos, de los Mendozas y de otras familias de las primeras de México... Hay que tratar con mucho miramiento á la señora, que al fin es acreedora á toda cortesía una persona principal venida á menos... Aunque yo soy el primero en sostener lo de que debe marchar cada oveja

con su pareja, me alegra que por obra de amor sucedan estas cosas... Yo puedo reconstruir el caso, porque me sobra con las noticias que he oído, escapadas de los labios de ambos: entrevistas á la luz de la luna, conventos, clausura, noches estrelladas, escalas de cuerda, bandolines, protestas de amor, un rapto y un matrimonio... Y luego, la buena de la muchacha parece dueña de no sé qué dinerales, y tendrá que convertirse en la heredera más rica de México...

— Ya te hemos dicho, papá, que Eugenia nos ha contado...

— Tonterías, eso díganse a un imbécil: precisamente lo que menos hay que tomar en cuenta es lo que dicen los interesados, que refieren lo que les da la gana; hay que atenerse á lo que se les escapa, á lo que quieren ocultar y que se les pilla porque les obliga á decirlo la fuerza de la verdad... Los tontos, que se fíen de relaciones; los que tenemos dós dedos de frente, debemos atenernos á lo que averiguamos, á lo que sorprendemos, á lo que nos sugiere nuestro buen entendimiento...

Miguel volvió á Puebla á fines de Febrero. Don Bernabé le esperaba como agua de Mayo, pues mediante diestros interrogatorios, aguardaba que el muchacho aclarara muchas cosas que le traían desvelado.

«¿Pensaban los liberales resistir en Puebla? ¿Con qué elementos contaban? ¿No sería un despropósito eso de

querer pelear contra fuerzas superiores en número y en organización? ¿A qué familia pertenecía Eugenia? ¿Quién sería el jefe de los liberales? ¿Era cierto que la suegra de Miguel andaba en politiques por ultramar, conforme había asegurado don Germán? ¿Qué significaban esas construcciones que se estaban levantando meses hacía?»

Era claro que Tirso y las gentes de la sacristía podían, en queriendo, hinchar las medidas de don Bernabé acerca de las cosas públicas; pero él necesitaba la opinión de uno del bando, de un demagogo que estuviera ó presumiera estar en secretos de la canalla.

— ¡Carástolis! gritaba don Bernabé; que estos malditos se preparan á acabar con Puebla... Figúrese; han quitado casi todas las losas de las calles, y diz que se preparan á resistir á los franceses... ¡Bonita la hacen! fuertes, trincheras, espaldones, paralelas, cuanto inventen, de nada les ha de servir; ahora sí hay artillería; ahora sí hay gente; ahora sí se puede atacar con fuerza, no sólo con coraje... ¿Y quién será el jefe? No tienen otro que González Borrego, como llama á Ortega el señor maestrescuela... Así le irá... Un día llegó Córdoba con aspecto de importancia.

— ¿Me da medio por la noticia?

— Si es la llegada de Forey, le doy el doble...

— No es eso, sino algo mucho más curioso...

— Desembuche, hombre, que me tiene en ascuas...

— Pues allá va: que viene Juárez, á ver el estado de su gentuza...

— Yo se lo digo sin que se moleste en llegar: es deplorable.

— González Mendoza ha acumulado aquí víveres para tres meses; pero como no les dan socorro á los soldados, hace ya cinco días que se están comiendo las provisiones del sitio.

— No hay como estos liberales.

— Son exquisitos para hacer tonterías, y más para decir las... Como no se traiga Juárez á Prieto, que en Noviembre nos dijo un discursejo en que había una horrible metáfora mixta...

— Y á aquel otro veracruzaniño muy hablador...

— Hernández y Hernández, ¿no? Dijo el buen hombre que Puebla era nuestra Zaragoza, como Zaragoza era la gloria de España; por consecuencia, Puebla es nuestra Zaragoza, y Zaragoza es nuestra gloria, y por allá siguió de modo que el diablo lo entendiera.

— Está claro... ¿Y qué más?

— Horrores; con decirle á usted que el lítote con que quiso terminar su discurso le resultó trasconejado; que el clímax apareció dislocado y que la concatenación no tuvo pies ni cabeza... No saben una palabra de retórica, que es la reina del mundo y la eterna é indiscutible maestra de los que quieren escribir...

— Son unas caballerías los tales demagogos.

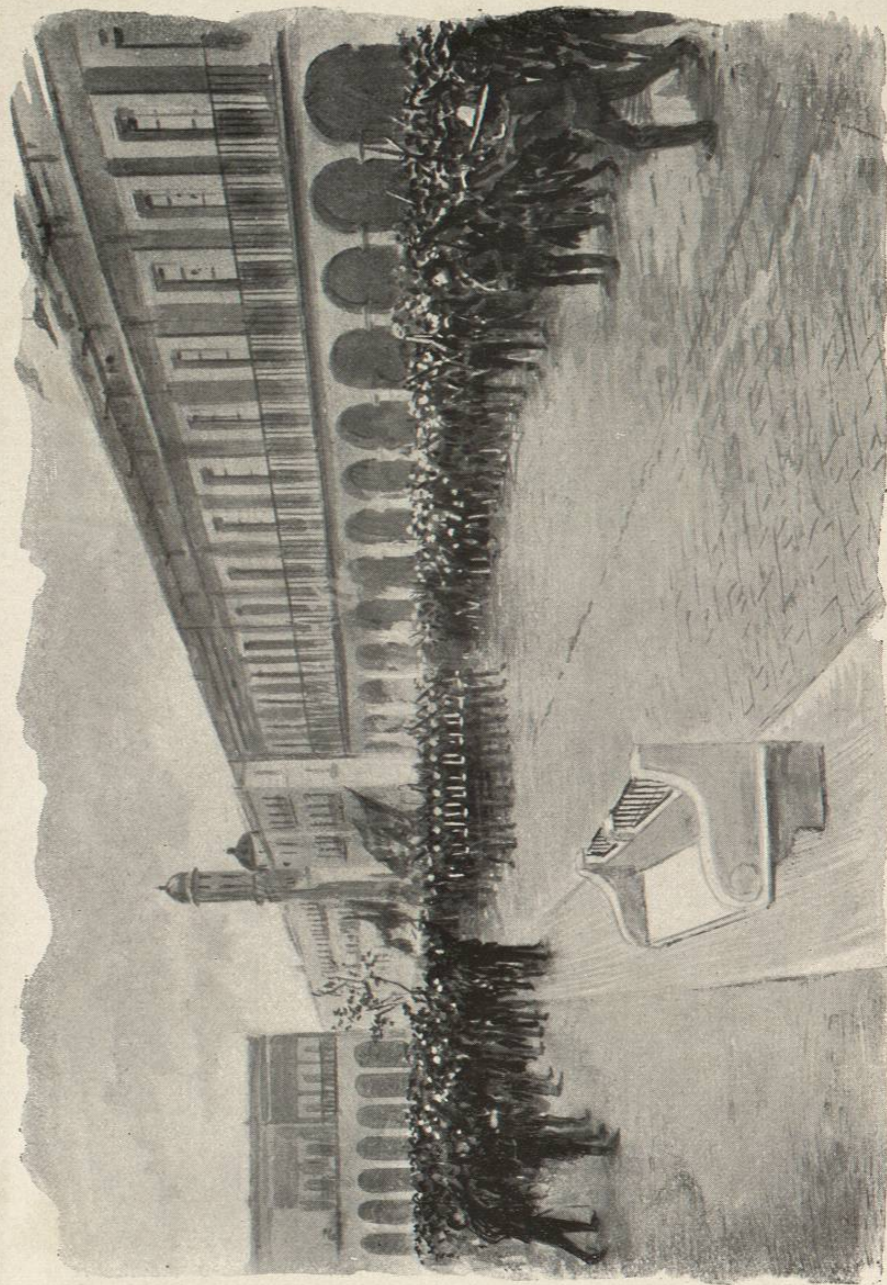
— Ahora diz que han dado en levantar fuertes, advirtió Córdoba. ¿Para qué los quieren si han de caer al primer cañonazo francés? Figúrese usted, construcción de tierra con revestimiento de ladrillo, ¿de qué sirven contra una serie de disparos de cañones del nuevo sistema?... Sin embargo, han secuestrado miles de indios pacíficos de Santa Ana Chiautempan, Cholula, Amozoc y todos los puntos cercanos, y han levantado esas fábricas absurdas con que piensan resistir á los héroes de Magenta y Solferino... Han derribado multitud de casas de gente pobre, han echado al suelo muchísimas quintas de las en que nuestra aristocracia se solazaba, y han atentado, en fin, del modo más descarado é inaudito contra la propiedad privada... ¿Y sabe usted con qué pagan á los pobres despojados?... Con cuchillas de conventos, con haciendas de las que llaman nacionalizadas, con casas pertenecientes á comunidades... Sí, para ellos estaban; como que los piadosos fundadores no pensaron, al dejar sus dinerales para la hechura de casas de oración, más que en *defender á la patria*... Pero, afortunadamente, poco hemos de sufrir por su causa, pues nuestra salvación está, como quien dice, á la puerta... *Te Deum Laudamus*.

— Tan á la puerta, replicó Sedeño, que Forey acaba de salir de Quecholac para Acatzingo, y que ha dado sus órdenes para que todas las tropas reunidas en Ori-

zaba emprendan su marcha definitiva... Juárez viene, pues, á gozar del último destello de su poder, y á darse pisto por vez postrera como Presidente de la República... En hacer salvas se gastará la poca pólvora con que cuentan estos pobres, pues á pesar de que Paz ha estado pidiendo, con tenacidad de mendigo, municiones de guerra, no hay quien le mande un grano de balero.

Juárez llegó á Puebla el veintiocho de Febrero; las divisiones, que habían permanecido distribuídas en Atlixco, Cholula, Perote y otros lugares, se reconcentraron en Puebla para hacer efectivo el plan de resistencia ideado.

Córdova y Sedeño no perdieron ripio en aquellos días, mirando, examinando y criticando todo lo que al paso se hallaban. Al amanecer se tocó diana en todos los cuarteles, y se izó el pabellon en todos los edificios públicos y fortalezas de la plaza. De seis á siete se dieron los toques de generala, y al sonar el último, las tropas salieron de sus alojamientos y desfilaron frente al Palacio municipal, acompañadas de sus bandas y músicas. Juárez contemplaba el paso de las tropas, y les dirigió la palabra. La alocución fué reciamente criticada por Córdova, que tenía por detestables literatos á los chinacos, y que les odiaba más por malos retóricos que por políticos perjudiciales. Así lo demostró años después escribiendo un tratadito de retórica de combate, destinado á poner



...desfilaron frente al Palacio municipal, acompañadas de sus bandas.